



X

Chaverny.

Durante muchas horas la gitanita, apoyada en las grandes piedras que sirven de base á la inclinada torre, se desesperaba oyendo sonar las campanadas del reloj mayor, y pensando que ni reventando los caballos podrían llegar aquella noche á Gudar.

¿Por qué no acudía el caballero á la cita? ¿No tuvo confianza en ella? ¿Creyó que había querido simplemente separarse de él con un pretexto cualquiera y que era inútil asistir al sitio convenido? Al pensarlo no pudo reprimir un sollozo. Era ya noche oscura. Se dejó caer al suelo, no atreviéndose á separarse de allí por temor á que no la encontraran si volvían por casualidad Lagardère ó sus acompañantes, y ocultando la cara con las manos dió rienda suelta al llanto.

Al amanecer pisadas de caballos la hicieron abrir los ojos: dos jinetes que venían de la plaza del Mercado, al parecer, pasaban á su lado. Uno de ellos la vió, se detuvo y echó pie á tierra; acercóse, y le tendió la mano para levantarla.

—¿Qué te sucede, muchacha? ¿Por qué lloras? ¿No tienes albergue?

La voz era dulce y acariciadora; el caballero, joven y guapo. Su cutis no era mate como el de los españoles; su aspecto era de extranjero. Mariquita se preguntaba dónde había visto otra vez aquel semblante simpático y aquella mirada franca y leal. Las facciones de ella produjeron en él la misma impresión.

—¡Ah!—exclamó de pronto.—¡Ya caigo! Te encontré cerca de Segovia. ¡Pero esta vez no te me escaparás como entonces, y vas á responder á mis preguntas!

No era una amenaza, pues las palabras fueron dichas en tono benévolo y casi cariñoso; el joven prosiguió:

—En primer lugar, ¿por qué lloras? ¿Puedo serle útil en algo? ¿Te ha maltratado ó insultado alguien? Si es así, estoy pronto á castigarle.

¿En qué consiste esa misteriosa afinidad que une de pronto á seres desconocidos? Sólo por su voz, por sus maneras, por su semblante, la



—¿Qué te sucede, muchacha? ¿Por qué lloras?

gitana adivinó que el caballero era noble y bueno; por su llanto, por su faz, el caballero concibió por la muchacha no sólo compasión, sino vivo deseo de ayudarla y protegerla. Ambos se sentían recíprocamente atraídos.

—No—respondió la gitana;—no me ha ofendido nadie.

—Bueno; pues ¿qué te pasa? ¿Tienes sed? ¿Tienes hambre? Habla, ó mejor aún, toma: aquí tienes mi bolsa.

Sacó de su colete una bolsa de seda por entre cuyas mallas relucía el oro de que estaba repleta, y ofreciósele noblemente. Los ojos de Mariquita abriéronse desmesuradamente brillando como brasas. ¿Era de codicia aquella mirada? El caballero lo creyó así por un instante, y desilusionado sacó varios doblones, que le dió sonriendo con melancolía. Pero la joven rechazó su mano.

—Vacía la bolsa; saca de ella todo lo que contiene, y dámela por un momento: te la devolveré. ¡La bolsa sola, la bolsa vacía!

—¿Para qué?

—¡Hazme el favor!

Vibraba en su ruego tal ansiedad, que el joven se la entregó tal como estaba: repleta.

En la seda había un escudo de armas bordado: cheurrón de plata en campo azur con tres cabe-

zas de moros, dos abajo y una arriba, formando triángulo; en los flancos, dos leopardos rampantes y una corona de marqués. En el otro lado había un nombre. La gitana ignoraba la ciencia del blasón, y no se entretuvo en leer las armas; pero sí el nombre, y al leerlo palideció, y hubiera caído al suelo si no la hubiera sostenido el marqués.

—¡Chaverny!—murmuró.

—El mismo, hija mía. Pero ¿qué puede comoverte?

—Doña Cruz os aguarda.

Tocóle emocionarse á él, que sobresaltado exclamó:

—¡Voto á sanes! ¿La conoces? ¿Sabes dónde está? ¡Habla!

—Sí; está con Aurora de Nevers. Pero ignoro dónde está Lagardère; le aguardo aquí desde ayer para conducirle á su lado. Si no viene, todo se ha perdido.

—¡Nada de eso, muchacha; no está todo perdido!—exclamó el Marquesito lanzando un ruidoso suspiro de satisfacción.—Sígueme, porque no estamos bien aquí para hablar. Dime todo lo que sabes, y si mi espada no vale lo que la de Lagardère, al menos bastará para salvar á su amada y á la que deseo y espero hacer marquesa de Chaverny.

Entregó á su criado las riendas de su corcel, y dando el brazo á Mariquita la condujo á una posada de la plaza de San Felipe. La joven, segura de hallarse al lado de un amigo de Lagardère, contó cuanto sabía desde que le había visto por primera vez en Pancorbo, hasta que en los arrabales de Segovia se separó de él quedando citados al pie de la Torre Nueva. Después le habló de las damas que dejó en el castillo roquero de su padre, en la sierra de Gadur. El Marquesito bebía sus palabras, admiraba el fuego de su mirada y el valor que resplandecía de su semblante. Al terminar su narración la estrechó entre sus brazos y la besó castamente, con el afecto y la veneración con que hubiera besado á una hermana que acabase de salvarle la vida.

—¿Y ahora qué hacemos? No dispongo más que de doce horas, pues tengo que ir á reunirme al ejército francés. Pero en doce horas se puede hacer mucho: lo sé desde que he visto lo que ha hecho en tan poco tiempo Lagardère. Verdad que yo no soy el conde Enrique; pero no importa: habla, y te obedeceré.

Un rayo animó la mirada de la gitanita.

—Ante todo hay que poner á Peyrolles en situación de que no pueda perjudicarnos. Acaso había que matarle. ¿Vacilarías en quitarle de enmedio si fuese necesario?

—¿Yo?—repuso riéndose Chaverny.—Hay casos en que no haría daño á un perro; pero siempre estoy dispuesto á matar á Peyrolles. Tenemos cuentas antiguas que ajustar, y si le veo agonizar con mi espada clavada en el pecho, á trueque de recobrar á doña Cruz, me consideraré más feliz que el más dichoso del mundo. No lo dudes.

—Pues bien; corre á la sierra de Gudar. Ya verás las ruinas del castillo al Sur de los montes, en una de sus cumbres. Llegarás ya de noche: da cinco golpes alternativos en la puerta de la torre que queda en pie. Mi padre mismo acudirá á abrirte, y le dirás sencillamente: «Vengo de parte de vuestra hija María; tomad vuestro acero, Duque, y ¡sus, á Peyrolles!

—¿Duque? ¿Se llama Duque de apellido tu padre?

—No; es su título: su nombre importa poco. No quiso decírselo á Peyrolles; pero tú puedes saberlo. Es don Pedro Gómez de Carvajal y Valedira, grande de España, partidario del archiduque Carlos en la guerra de Sucesión, y desterrado por tal motivo de Castilla, habiéndole secuestrado sus bienes Alberoni.

—¿Duque él, y tú gitana? ¡No lo entiendo!

—No le hace: ya lo comprenderás más adelante. Mi padre te conducirá al primer piso de la

torre, y allí encontrarás á Aurora y á Cruz; y allí nos aguardaréis á Lagardère y á mí. Necesitamos saber dónde encontraros.

—¿Y tú qué vas á hacer?

—Buscar al caballero: me he consagrado á hacerle dichoso, y si el Destino te permite á ti llegar primero, no debemos olvidar que él también anhela reunirse con su novia.

—Mi deseo ha sido siempre ante todo liberar á mi primita Aurora; lo que me es personal ante eso resulta secundario: doña Cruz ha debido de decírtelo.

—Lo que me ha dicho María Cruz es que te amaba.

—¡Ah!

--Monta, pues, á caballo y corre cuanto puedas. Les dirás que sostengo mi promesa de llevarles á Lagardère, aunque no le he hallado al pie de la Torre Nueva, como habíamos convenido. Pero aunque tenga que buscarle por España entera, mademoiselle de Nevers le verá, ó yo moriré. Tu misión entretanto es reunirte con ellas y defenderlas. Mi padre te ayudará con su esforzado brazo.

Le indicó el camino más corto, y cuando desapareció entre cien torbellinos de polvo, no sin haberse vuelto dos veces para despedirse de ella con un gesto que expresaba su agradecimiento.

to, ensimismada y melancólica comenzó á dar la vuelta á las murallas de la ciudad para empezar sus investigaciones. ¡Ah! ¿Por qué en vez del Marqués no sería el caballero quien se dirigía hacia la sierra de Gudar? Como en ninguna de las puertas le dieron razón de Lagardère y sus compañeros, supuso que no habían entrado en Zaragoza, y se internó por las calles de la histórica ciudad con la cabeza baja y el corazón oprimido.

Al desembocar en una calle tropezó con un correo real que marchaba al trote, y al cual seguía vociferando la multitud. No tuvo tiempo más que para hacerse á un lado de un salto, evitando ser atropellada. El correo iba arrojando carteles á su paso. Mariquita se apoderó de uno, y defendiéndolo contra una mujer que quería quitárselo, fuése á leerlo á otra parte.

Al leerlo creyó que una mano le apretaba la garganta. Era la noticia de haberse declarado la guerra entre Francia y España, y la intimación á todos los franceses de salir del reino en un plazo de veinticuatro horas, so pena de ser considerados como espías y ejecutados sumariamente.

¿Qué iba á ser en aquellas circunstancias de Lagardère y sus amigos, de Chaverny y, por consiguiente, de las doncellas? No se atrevía á pensar en aquel contratiempo. Si el caballero se volvía á Francia sin conocer el retiro de su da-

ma, ¿volvería á encontrarla? ¿Se le presentaría á ella otra ocasión para reunir á los novios? ¿Se había dirigido desde Segovia hacia los Pirineos, prevenido á tiempo de lo que iba á ocurrir? ¿No había caído, por fin, en alguna emboscado de Gonzaga? Estas cavilaciones la trastornaban.

—¿Llegará el mismo Chaverny?—se decía.—Y aunque llegue, ¿qué va á poder hacer en un país hostil? ¿Qué va á hacer mi padre, en pugna su patriotismo con sus deberes hospitalarios?

La situación era crítica, en efecto, y parecía inextricable.

—¿Y yo, qué hago? ¿Marchar en busca de Lagardère? ¿Volverme al castillo? De todos modos, Lagardère se hallará á estas horas en las filas del ejército francés, y no va á desertar para buscar á su novia.

Sufría atrozmente, sobre todo cuando pensaba en Chaverny, que también había dicho que tenía que incorporarse al ejército. Mientras tanto, ¿no se llevaría Gonzaga á las doncellas á Madrid para tenerlas bajo su protección?

—Sea lo que quiera—terminó por decirse,—si ocurre alguna desgracia, no está en mi mano evitarla. Hasta ahora hice cuanto pude. Ahora debo tratar ante todo de buscar á Lagardère y encontrarle.

En tanto Chaverny galopaba hacia la sierra de Gudar, y, según lo que le había dicho Mariquita, debía de hallarse ya muy cerca, pues era noche cerrada. Á medida que avanzaba chocábale más y más la animación de los pueblos que atravesaba: por todas partes observaba agitación y conversaciones vivas que se suspendían al acercarse él.

—¿Qué significa esto?—pensaba.—Por todas partes veo arcabuces preparándose, y no creo que los cargan y los limpian para atacarme á mí.

Á mil leguas estaba de adivinar la verdad; pero no tardó mucho en conocerla. Llegó á una calle estrecha, y se encontró ante un numeroso grupo que le cerraba el paso. Desenvainó la espada por precaución y se dijo:

—¿Será esto una segunda edición de la asechanza de Pancorbo? ¡Vive Dios! ¡Juro seguir el ejemplo de Lagardère, y dejar aquí algunos pechos agujereados para indicar mi paso!

Escuchó, pues grandes nubes negras ocultaban la Luna y no se veía gota, y espoleó al caballo, decidido á pasar sobre los que le estorbaban el paso; pero á poco el animal tuvo que detenerse ante una verdadera muralla. Eran más de veinte.

—¿Quién vive?—preguntó una voz.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Eso no te importa, vi-

llano! ¡Un caballero puede ir por donde quiera sin dar cuenta á nadie!

Era verdad en tiempos normales; pero á la sazón, una teoría muy discutible. El caballo, sólidamente sujetado por las narices por un gañán de puños de hierro, rehusó avanzar, y el Marqués pudo distinguir en derredor suyo una docena de sombras que no llevaban las manos vacías.

—¡No te defiendas!—dijo la misma voz.—¡Somos muchos para que puedas escaparte!

—¿Cuántos os habéis apostado para dos hombres?

—Somos veinte.

—¡Es decir, dieciccho cobardes por lo menos! ¡Poneos dos, cuatro si queréis, frente á nosotros, y veremos cómo hablamos!

—Déjate de fanfarronadas, y dinos tu nombre—dijo fríamente el español.—No queremos para nada tu vida.

—Muchas gracias por vuestra generosidad; pero no tendréis ni la vida ni el nombre. ¡El que lo lleva no acostumbra decírselo á los bandidos!

—¿Eres francés?

—¡Sí, vive Dios! ¡Y en mi país cuando atacan á las gentes lo hacen por lo menos en pleno día! ¡Así se ve mejor á los que se envía al otro mundo!

No había concluído de hablar, cuando se halló desmontado y desarmado. Volviendo con viveza la cara, dijo á su criado:—¡Vuélvete enseguida á Zaragoza, y di á la gitana que, de todos modos, llegaré al antro!

Aquél no se hizo repetir la orden: aunque fiel á su amo y nada cobarde, comprendió que no podía hacer nada, y volviendo grupas, partió á rienda suelta, saludado por algunos tiros de escopeta que no le alcanzaron.

—¿Y ahora qué me queréis? Al desarmarme me dais el derecho de hablaros en un lenguaje que quizás no sea de vuestro agrado.

—No prediques tanto. No nos importa nada lo que digas. Nos basta saber que eres un gentil hombre francés.

—¿Y por qué mi calidad de gentil hombre francés os permite detenerme de este modo? ¿Es mi bolsa lo que buscáis, caballeros?

—Si la quisiéramos, os la hubiéramos quitado ya.

—Entonces, no tengo el honor de comprenderlo. Confesad que si no es por despojarme, habéis sido pagados para ejercer conmigo alguna venganza.

—¡Qué vengauza ni qué ocho cuartos! ¿No sabes que se ha declarado la guerra á Francia? ¿No conoces las órdenes de Su Majestad?

—¡Ah! ¿Ya? ¡Gracias por la noticia, señores! Mañana tendré otra espada, de la que me serviré lealmente en medio de un regimiento francés.

—¡Eres muy charlatán—replicó el español,— y no tenemos tiempo de oír tus discursos! ¡Amor-dazadle!

Le obedecieron inmediatamente. El Marquésito, atado y amordazado, fué montado en un caballo, y la tropa se metió por un estrecho sendero que se alejaba bastante de la sierra de Gudar.

Para explicar el hecho digamos que al mismo tiempo que el correo real llevaba la noticia á Aragón otro correo salía de Madrid, dirigiéndose directamente al castillo de la sierra. No le enviaban Felipe ni Alberoni, sino el propio Gonzaga. El correo era Montaubert. Su misión principal era enterar á Peyrolles de los sucesos y ordenarle que no se fuese de la torre, donde estaría seguro, pues se habían tomado al efecto todas las precauciones, enviando el Ministro á las autoridades órdenes en debida forma para auxiliar en caso necesario con todas las fuerzas disponibles á los habitantes del ruinoso castillo.

No era esto solo. El Príncipe sospechó que Lagardère ó algunos de sus amigos aprovechándose de las circunstancias podría llegar hasta allá, y á fin de impedirlo tomó sus medidas para tender en torno de la sierra una vasta red en cu-

yas mallas se enredaran el caballero y los de su séquito, aunque sólo fuera Cocardasse, que se le había escapado de la horca, ó por lo menos el marquesito de Chaverny, en caso de volver á España después de haber dejado en Francia al Embajador, en presencia del cual le había insultado.

Montaubert cumplió su misión oficial ante Peyrolles comprobando el relativo buen estado de salud de mademoiselle de Nevers, y sabedor de que ningún salvador había aparecido en el horizonte, pasó el resto del día yendo y viniendo por los pueblos vecinos, dando á sus habitantes instrucciones secretas, que suponía emanadas del cardenal Alberoni, de detener y enviar á Madrid inmediatamente á todo francés que se acercase á aquellos contornos, y preparando la red en que esperaba pescar á sus enemigos. Si caía algún pez insignificante en ella, con llevarle á la frontera, en paz. Pero había probabilidades de que á lo menos una parte de la pesca fuese buena.

Por su desgracia, Chaverny fué el primero que quedó encerrado entre sus mallas.

Las reflexiones del Marquesito no tenían nada de gratas. Desesperábale no poder ver á Aurora y á su adorada Cruz, á pesar de estar tan cerca de ellas, tanto como no saber en qué manos había caído ni adonde le llevaban. Algo olía en

tal aventura que le parecía una asecharza de las que solía armar su buen primo; pero no podía informarse, puesto que le habían liado de la cabeza á los pies como un fardo. Á estas preocupaciones se agregaba la de que tenía que presentarse al día siguiente en las avanzadas del ejército, lo que era para él punto de honra, y se prometía cumplir su deber aunque tuviera que abandonar á doña Cruz.

Hacia más de tres horas que estaban en marcha, y las tinieblas principiaban á disiparse. El Marquesito observó que sólo había seis hombres en torno suyo: sin duda habían licenciado á los demás, juzgándolos suficiente, y aun sobrada escolta para un hombre atado. Este hecho le agradó. Agarrotado y sin armas no podía hacer nada contra ellos, y los hombres se preocupaban poco de vigilarle.

Así llegaron á bordear un barranco cuya profundidad sondeó Chaverny con la mirada: era una pendiente abrupta y salpicada de malezas que brotaban en la peña viva, al pie de la cual se extendía un prado poco grande, cerrado por rocas cortadas á pico. Solo una senda de cabras daba acceso á él. El Marqués deseaba que su cabalgadura resbalase y cayera, aunque rodar á aquel abismo con las manos atadas á la espalda era peligrosísimo. Sin embargo, como tenía una

probabilidad entre cien de salvarse y no podía elegir cosa mejor, se contentaba con aquello.

Por desgracia, su caballo no tropezaba ni resbalaba, y resolvió ayudarle en tal sentido. Una violenta presión de las piernas en el momento preciso podía precipitar al caballo y al caballero en el barranco. Así lo hizo, y con gran estupefacción de sus guardianes.

La caída no fué muy suave que digamos. El animal quedó muerto, sin alientos ni para relinchar. Chaverny no le vió morir, por la sencilla razón de que perdió el conocimiento y tardó un cuarto de hora en recobrarlo. El horrible salto tuvo como consecuencia la rotura de las cuerdas que le sujetaban; y aunque le quedaron los puños ensangretados, no por eso estaba menos libre.

Inútil es decir que había perdido su sombrero: de conservarlo, se lo hubiera quitado para saludar á sus guardianes, que le creían hecho pedazos, y cuyas figuras se dibujaban al borde del abismo escuchando algún grito supremo de agonía ó de auxilio. El Marqués hizo un gesto de despedida y soltó una impertinente carcajada, diciendo:—¡Deberais haberme guardado en terreno llano! ¡Los terrenos quebrados tienen sus quiebras para los guardianes cuando los presos saben aprovecharse!



XI

El prado del buco.

No sin razones serias había faltado á la cita de Mariquita el caballero de Lagardère.

Como nada le retenía en Segovia, en cuanto se proporcionó los caballos necesarios púsose en marcha con sus compañeros. Sabía que Aurora no estaba en Madrid; pero carecía de indicios para suponer si se encontraría en otra población castellana, ó en Navarra, Aragón ó Cataluña.

Desde la cumbre del Moncayo Enrique paseó una mirada en torno, confiando tal vez en que una inspiración celeste le indicara por dónde debía dirigirse. Pero el cielo se calló, y el Sol siguió impasible su curso sin preocuparse de los amores del valiente caballero. Á lo lejos deslizábase el Ebro majestuoso, y contemplando su turbia corriente preguntábase Lagardère:—¿Debo